



go encono de las turbas. Al realista Pedro de Mena, al barroco Fernando Ortiz y a sus discípulos e imitadores de antaño, Zayas, Valdivieso, Gómez, Michael y León, suceden hoy los Benlliure, Palma, Risueño, Prados, Simón, que dan vida a la materia inerte para orgullo de la concazón llamada Perla del Mediterráneo.

Los primores de unas manos de hadas trenzaron sobre el terciopelo la plata y el oro, y los oficiales de las más variadas industrias pusieron a contribución en la magna empresa los recursos de su imaginación y los fervores de su malagueñismo. La maestría de los tallistas dió forma suntuosa a los Tronos en que aparecen, rodeados de luces y de flores, las Virgenes llorosas y los Cristos macilentos; Tronos en cuya construcción intervinieron las maderas preciosas, el ágata y el bronce, el mármol y el esmalte, el nácar y el marfil, y ante los que el pueblo, enardecido, rinde el tributo de su exaltada admiración.

Mágica Semana Santa malagueña! Todas y cada una de las Hermandades son acreedoras al fervido elogio. Corrobóranlo así, la del «Paso», ayer fastuosa y brillante; hoy devota y sencilla, que tiene en su morena Virgen de la Esperanza su más dulce tesoro. La de «El Rico», el Nazareno del perdón, que a virtud de un real privilegio devuelve anualmente a un preso la libertad perdida. La de la «Virgen de la Amargura», que lleva en el pecho una rosa grana, atravesada por el Puñal de los Dolores, como fragante símbolo de su corazón. La del «Santo Sepulcro», severa, majestuosa, que une al cúmulo de obras artísticas que ha logrado reunir, el ser la Oficial de la Semana Santa. La de los «Pasos en el Monte Calvario», que al resucitar la añeja tradición de su Via Crucis, ha engalanado su historial con un nuevo timbre. La De la «Expiración», préz y gala de las Hermandades malagueñas, cofre labrado con el oro de los grandes entusiasmos y los ardientes afanes. La de la «Puente», fervorosa y decidida en toda época, pues no hubo año que no se viera en las calles de Málaga la popular Imagen de Cristo atravesando el Cedrón. Como las Cofradías reseñadas, cálidos encomios merecen las demás que contribuyen al sugestivo espectáculo de los desfiles procesionales. Y son estas otras, la de la «Soledad», cuya efigie, abatida al

pie de la Cruz, es suprema encarnación de todas las aflicciones. La de «Cristo en la Columna», al que rinden su devoción intensa los castizos titanes de la fragua y el yunque. La de «Jesús de la Misericordia», tan bello como aquel otro que parecía tallado por los ángeles. La de los «Mutilados», recuerdo ejemplar de un ciclo de desatadas pasiones y de una gesta hizarra y heroica.

En la tarde del Domingo de Ramos centenares de niños, ataviados al modo hebreo y portando las olivas y las palmas litúrgicas, acompañan a la efigie del Redentor, que aparece montado sobre una borriquito. Todo en la infantil comitiva es risueño, alado, delicioso; y como contraste enérgico a tanta luz, la sombra melancólica de una procesión que impone por su recogimiento, por sus duras penitencias; procesión la más poética y humilde, la de la Venerable Orden Tercera de Siervos de María.

Dos notas de marcada originalidad ofrece, empero, la Semana Mayor de Málaga, en la abigarrada policromía de sus procesiones. Una, alegre, radiante; otra, profundamente conmovedora. Es la primera el hosanna que simboliza la Cofradía de «Jesús a su entrada en Jerusalén». Es la segunda, la que sugiere la dolorosa soledad de la «Virgen de los Servitas».

Y dignas, al par, en todo, de las hasta aquí mencionadas, la del «Amor», de prestancia fina y grave, en cuyo escudo campea el águila bicéfala de la Orden agustiniana; la de la «Cena Sacramental», que lleva en la flor de su Paso espléndido once Apóstoles, como once pétalos blancos, junto a la aguda espina de Iscariote; la de la «Sentencia», claro espejo de una devoción encendida y fecunda; y la del «Cristo de la Sangre», antigua, ilustre, conocida un tiempo por la Archicofradía de la «Sagrada Lanzada»; la de la «Piedad», cuyo grupo escultórico talló Francisco Palma, un malogrado artista de hoy que bañó su espíritu en los fulgores de la clásica imaginaria; la de la «Humillación», sencilla en su atuendo, pero llena de fervores acrisolados; y la de «Jesús Cautivo», de nuevo cuño, enaltecida por el prestigio de los que sufrieron cautividad por Dios y por España.

Sin ostentación alguna, vestida de negro, sostenida más por los corazones que por hombros de los Servitas, esa Imagen de la



El magnífico «Tronos de Nuestra Señora de la Soledad», perteneciente a la Hermandad del «Santo Sepulcro», en el que se admiran un arte exquisito y una riqueza deslumbradora.

Madre de Cristo impresionada y subyuga y hace brotar las lágrimas. En la noche del Viernes Santo recorre las calles—que se dejan a oscuras previamente—y a su paso rasgan de continuo el aire los lamentos de las saetas, y la multitud, apenada, se descubre y se arrodilla.

Compendio de las solemnidades sacras que tienen lugar en la ciudad del Gibralfaro es la que se celebra en la mañana del Domingo de Resurrección. Repeican las campanas vocingleras. Renace el júbilo, tras las pesadumbres sentidas durante el simulacro del divino sacrificio, y el cielo despliega su manto más azul, adornado con los oros de un sol que caldea el ambiente.

La muchedumbre, ávida de esponjarse en la gracia luminosa del día, invade el centro de la población. Se perciben los ecos de músicas vibrantes. La procesión avanza. A poco, surgen las filas compactas, interminables, de los nazarenos, de aquellos que ocuparon altos cargos en las procesiones anteriores—Mayordomos, Campanilleros, Insignias—, mostrando en sus respectivas vestiduras una gama de vivas tonalidades, que, junto a los bordados de los ornamentos, fulgen como brasas de inmensa hoguera, y al final de cortejo tan pintoresco, unas andas exornadas de flores, una losa sepulcral partida y la Imagen de Cristo Resucitado.

Producto de una gestación de siglos, fué en otros lugares la organización de estas solemnidades religiosas. En Málaga, por el contrario, cristalizó rápidamente. Y se coronó la obra con un éxito sin igual. Obra realizada por una entidad benemérita que tiene profundas raíces en el alma del pueblo: la Agrupación de Cofradías.

En su seno reuniéronse las dispersas Hermandades como en haz de gavillas doradas. Trocándose en crisol gigantesco, fundió amorosamente voluntades e iniciativas al objeto de formar un solo cuerpo con todos ellas, y de la fusión de tan varios y ricos elementos, de la mezcla de metales tan puros, surgió luego, para llenar de vivos resplandores a Málaga entera, la gloria de su Semana Santa incomparable.

Tal es el fruto maravilloso de esta tierra de maravilla.

JOAQUIN DIAZ SERRANO
Cronista de la Ciudad

GLORIA MARAVILLA DE LA SEMANA SANTA MALAGUEÑA



En la tarde del Domingo de Ramos efectúa su salida procesional esta Imagen de Nuestro Padre Jesús entrando en Jerusalén; procesión que reviste un extraordinario colorido.

Desfile de una de las más populares y suntuosas Cofradías por la calle del Marqués de Larios.



ROSAS, lirios, azahares. Hechizos y armonías de la estación primaveral en este rincón del Paraíso que se llama Málaga; risueña estación en que la ciudad, como una moza gentil, se adorna con sus joyas más bellas. El topacio de sus luces solares, el diamante de sus claros de luna, la esmeralda de sus frondas fragantes, el rubí de sus rosas de fuego, el zafiro de su cielo impoluto, la turquesa de su plácido mar. Y esas joyas, que constituyen su natural tesoro, parecen investidas con la gracia divina de un milagro.

Nada tan grandioso, tan desconcertante para el espíritu, como el espectáculo que ofrecen las Cofradías de Málaga en las noches tranquilas, salpicadas de estrellas, en que abandonan sus templos para recibir el homenaje de la pública veneración. Esas noches, hasta el viento domina sus impetus por no restar esplendor a los fantásticos cortejos procesionales, y la tierra y el cielo participan de la misma dulce serenidad.

Al paso de las Cofradías, las bandas de música entrecruzan sus sonoridades con el limpio repique de las campanillas de plata; el ambiente se satura de incienso; la retina se impresiona vivamente con el abigarrado colorido de las vestiduras nazarenas; los oídos rayan las sombras con sus llamas oscilantes; y el aplauso y el vocerío de la mul-

titud sólo se trueca en recogido silencio cuando se lanza al espacio el suspiro doliente de las saetas. Entonces las escenas de la Pasión revisten su máxima fuerza evocadora, y parece que en las alas de ese místico canto vuela el alma de Andalucía.

Quienes en años anteriores se recrearon en las procesiones de esta ciudad de privilegio, no podrán presumir que el arte y el lujo que desplegaron pueda superarse. Y sin embargo, el estímulo de la competencia, la noble rivalidad, han hecho que las Hermandades que tienen anunciada su salida en el año actual, elaboren un plan de costosísimas reformas para aumentar su boato.

Cada una de esas Hermandades muestra una faceta distinta, una nota original de acusado relieve. Por eso la visión en conjunto de ese cuadro, plétrico de matices, tiene el claroscuro preciso para evitar la monotonía. Y si a la gama de tan diversas tonalidades se unen los interesantes momentos que las procesiones crean durante su recorrido, se explica el por qué la Semana Santa malagueña goza ya de universal nombrada.

La inspiración de los escultores plasmó en la dócil madera las hermosas efigies que integraban el acervo imaginero de Málaga, y que fueron destruidas por el cle-